

PERIÓDICO ILUSTRADO QUINCENAL.

**PRECIOS DE SUSCRICION.**

A EL PANORAMA solo. Trimestre, 12 rs. : semestre, 22 rs. : Año, 40 rs.—Fuera de Valencia, franco de porte.—Trimestre, 14 rs. : Semestre, 26 rs. : Año 50 rs.

A EL PANORAMA y Las Provincias. Mes, 10 rs. : Trimestre, 28 rs. : Semestre, 54 rs. : Año 102 rs.—Fuera de Valencia, franco de porte.—Mes, 13 rs. : Trimestre, 37 rs. : Semestre, 72 rs. : Año, 139 rs.

**Números sueltos.** Para los suscritores á Las Provincias, 1 rl. en Valencia y 1 y cuartillo fuera.—Para los que no lo sean, 2 rs. en Valencia y 2 y medio fuera.

AÑO I.

Valencia 15 Marzo 1867.

NÚM. 5.

**Sofía Carlota,  
reina de Babiera.**

Hace trece años, en un hermoso día de verano, se hallaban tres hermanas en el salón de una rica casa de campo de Munich.

Sentadas al lado de las ventanas, hablaban y disfrutaban al mismo tiempo de los suaves perfumes del jardín contiguo.

Al lado de las tres jóvenes jugaba una niña de cuatro á cinco años.

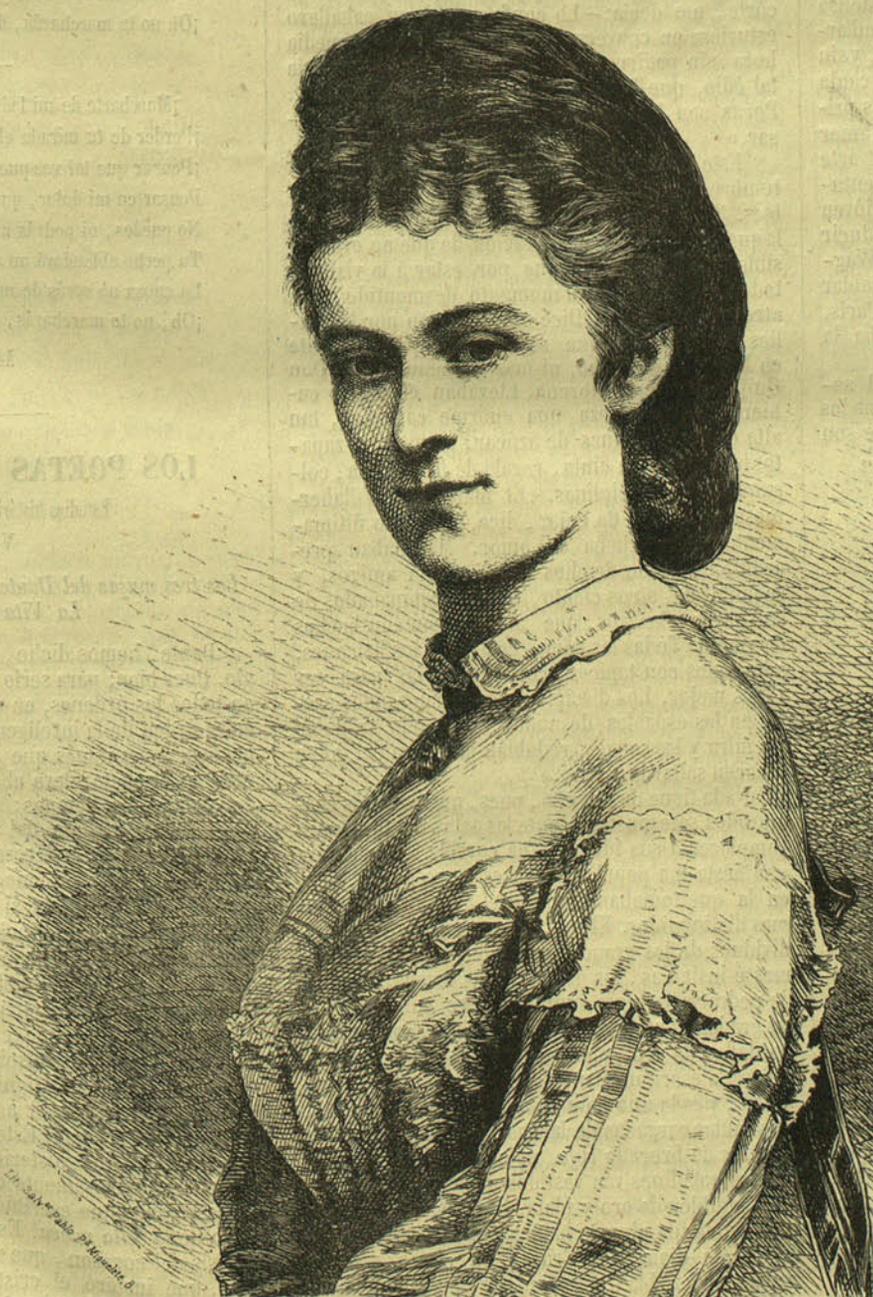
Hablaban del porvenir, que se les ofrecía dorado y risueño; cada una manifestaba sus inclinaciones y esperanzas.

—Yo, decía la mas joven, quiero casarme con un rey.

—¿Qué ambiciosa eres, María! contestó riendo la de mas edad. ¿Crees tú que todas las reinas son felices?

—¿Qué me importa? añadió María con vivacidad. Es muy hermoso poseer una corona de reina; aunque costase lágrimas la derramaría con mucho gusto.

—No tengo tanto afán por las grandezas, replicó la



Sofía Carlota, reina de Babiera.

mayor; me basta con un príncipe. Pero ¿qué piensas Isabel? añadió volviéndose de repente hácia la otra hermana. ¿Quiéres tú tambien un rey como María?

—Un rey... respondió Isabel indecisa y vacilante....

—¿No te basta? ¿Querás acaso un emperador?

—¿Y por qué no, hermana mia? Ya que estamos soñando, poco mas cuesta desear un emperador que un rey.

La niña que habia interrumpido sus juegos para escuchar la conversacion, dejó á un lado la muñeca y dirigiéndose á Elena, la de mas edad, clavó en ella sus hermosos ojos azules, y le dijo con seriedad cómica:

—Es decir, que guardais para vosotras todos los príncipes, reyes y emperadores, y no os acordais de mí....

Las tres hermanas se echaron á reir.

—Tú tienes bastante con tus muñecas, le dijo Isabel.

—No son tan bonitas como los reyes: yo quiero un rey.

Las tres hermanas continuaron riéndose hasta que la pequeña Sofía salió de la habitacion.

Aquellas cuatro preciosas criaturas eran hijas de Maximiliano José, Duque de Babiera, título nobilísimo en Alemania, mas que no lleva consigo soberanía

sobre ningún estado. Pero, las prendas morales y físicas de sus hijas le han dado la dicha de que los ambiciosos sueños de aquellas niñas se hayan realizado. ¿Podemos, sin embargo, asegurar que la dicha se encuentra en el trono?

La modesta Elena, que se contentaba con un príncipe, se ha casado con el de Thurn y Taxis; la ambiciosa María ha obtenido un rey, pero ha comprado cara esta fortuna, pues su esposo, Francisco II de Nápoles, ha sido destronado, y la valerosa princesa en vano demostró su esfuerzo en el sitio de Gaeta; la más ambiciosa todavía, Isabel, logró su deseo llegando á ser la esposa del emperador de Austria. Otra hermana, Matilde, de la que no se habla en la anécdota que recordamos al principio de este artículo, es hoy condesa de Trani. Y por último, la niña Sofía, que jugando con las muñecas propias de su edad, pedía un rey, ha tenido un rey, pues acaba de enlazarse con el joven monarca de Babiera.

Luis II había llegado á los 22 años de edad, y nadie en su corte sabía que manifestase inclinación especial hacia ninguna princesa ni dama: la pasión de la música llenaba por completo, al parecer, el corazón del rey de Babiera. El 22 de Enero, estando este en el teatro Real de Munich, al terminar el primer acto de la función, salió de su palco con la reina madre, y pasó al que ocupaba el Duque Maximiliano, con su hijo y la linda Sofía. A los pocos minutos el rey, la reina madre y la princesa se dirigieron al palco real, y allí permanecieron hasta que terminó el espectáculo. La corte y el público, sorprendidos, comprendieron que aquella afortunada joven era la elegida por su soberano: en efecto, aquella misma tarde se habían desposado el rey Luis y la princesa Sofía.

Esta nació en 22 de Febrero de 1847, y cuenta por lo tanto veinte años de edad, estando en la flor de sus años y en todo el apogeo de su simpática hermosura. Se distingue por su bello carácter, por su esmeradísima educación y por sus conocimientos musicales. Dotada con una voz estensa y de agradable timbre, y de una especial aptitud artística, se ha dedicado con amor á la música, y sin mas que tomar los papeles de una ópera canta inmediatamente los trozos más difíciles. Estas privilegiadas dotes habrán quizás influido en el amor del rey Luis, que es apasionadísimo por el arte lírico, á cuyo cultivo se dedica con gran entusiasmo. Su esposa participa del gusto del joven monarca por la escuela que trata de introducir en Alemania el célebre compositor Ricardo Wagner, cuya ópera *Tanhauser* tanto hizo hablar á los críticos, y fracasó ruidosamente en París, donde ha sido objeto de prolongada zumba la que Wagner llama *música del porvenir*.

El mes pasado se celebró en Munich el solemne casamiento de los jóvenes y afortunados príncipes. ¡Dios quiera darles la dicha de que son dignos!

G.

## LOS ESPAÑOLES

TALES COMO ERAN EN EL SIGLO XVII.

V.

Nos toca hoy hablar del amor y de la galantería que hicieron célebres en toda Europa á los hidalgos y las damas españolas de los tiempos en que escribió Madame d'Aulnoy, y es por cierto curioso ver en su libro retratada la realidad de aquellas pasiones que idealizaron Lope y Calderon en sus comedias.

El amor era en España el gran negocio de la vida, ó así al menos le parecía á nuestra asombrada viajera. Las intrigas, los *imbroglios*, las pendencias, las sangrientas catástrofes que el público aplaudía en los teatros, los encontraba Madame d'Aulnoy á cada paso en la vida común. Las doncellas eran guardadas por suspicaces dueñas, y los galanes se valían de mil tretas y disfraces para llegar á ellas. Las más extrañas aventuras del teatro no eran más que copias de lo que pasaba todos los días. Una dama, á quien seguía un importuno, imploraba el auxilio del primer caballero que encontraba. «Esta súplica, dice la escritora, es una orden para el galante español, y muchas veces dos hombres se matan por una mujer á quien no conocen. Hasta ha llegado el caso de ser el campeón improvisado hermano ó

marido de la dama suplicante, y recibir una estocada para dejarle el paso franco á la casa de su amante. Un caballero, que lleva del brazo á una dama, puede entrar en cualquier casa y pedir al dueño que salga de ella, y ha sucedido alguna vez que la dama era la mujer de este.»

Todas las tardes salían los jóvenes más distinguidos, montados en briosos caballos, á rondar las calles de sus amadas. A la grupa solían llevar un criado, para no ser atacados por detrás. Cuando llegaba la noche y sus sombras cubrían las calles, comenzaban los diálogos á las rejas, y los más atrevidos ó más afortunados, saltaban las tapias de los jardines, y hasta penetraban en el aposento de su dama. Las serenatas se oían en todas las calles. «En Toledo y en Madrid, dice la viajera, hay cuatrocientos ó quinientos de estos conciertos todas las noches.»

La espada, el puñal y el veneno concluían á veces estas galantes aventuras. Un marido celoso mata á su mujer; á los pocos días el marido es atravesado de parte á parte por el amante. Un galán hace traición á su dama: esta le hace ir engañado á una casa, donde se encierra con él, y le obliga á escoger entre el cuchillo ó el veneno. «Si os contase, dice Madame d'Aulnoy, todos los sucesos trágicos que cada día me refieren, convendría conmigo en que este país es teatro de las escenas más terribles del mundo.»

La tragedia que rodea al amor, es como un estimulante que lo hace más sabroso. La galantería es general, y llega al límite de una profunda inmoralidad, envuelta en formas corteses que la hacen más peligrosa, dándole un barniz deslumbrador para la exaltada inteligencia de la mujer. Esta había llegado á convencerse de que el amor era un tributo debido á su hermosura, y no tenemos más que leer las siguientes líneas del libro que analizamos, para ver á qué excesos puede llevar esa vanidad. «La marquesa de Alcañices, una de las más nobles y virtuosas damas de la corte, me decía:—Lo confieso, si un caballero estuviese en conversación secreta conmigo media hora sin pedirme los últimos favores, le cobraría tal odio, que le daría de puñaladas si pudiese.... Pocas son las que no tienen este modo de pensar.»

Este fanatismo amoroso se revelaba en costumbres ridículas que hoy nos parecen imposibles. Una escena nos refiere Madame d'Aulnoy, á la que solo por la consideración de que no era posible que inventase lo que por estar á la vista de todos había de ser al momento desmentido, nos atrevemos á dar fé. Dice que se veían por las calles disciplinantes que se azotaban públicamente en honor de su dama, ni más ni menos que Don Quijote en Sierra Morena. Llevaban el rostro cubierto, en la cabeza una enorme caperuza, tan alta como tres panes de azúcar, guantes y zapatos blancos y una cinta, regalo de la adorada, colgando de las disciplinas. «El marqués de Villahermosa y el conde de Bejar, dice, han dado últimamente esta prueba de amor. Marchaban precedido cada uno de ellos por sesenta amigos, y seguido de otros ciento, todos acompañados de sus pages y lacayos, que alumbraban con hachas de viento. Todas las damas estaban á los balcones, adornados con tapices, con luminarias para ser vistas mejor. Los disciplinantes se dan sendos azotes en las espaldas desnudas, y cuando su dama les mira y les sonríe, redoblan la fuerza del golpe y hacen saltar la sangre.»

Nada tiene de extraño, pues, que aquellos enamorados se espusiesen ante las astas del toro para complacer á sus ídolos. Una corrida de toros era una fiesta tan popular entonces como ahora; pero en la que tomaban una parte activa los nobles más distinguidos. El rey, los embajadores, los individuos de los grandes consejos, con sus uniformes é insignias, los grandes, las damas cubiertas de pedrería y trages suntuosos, se colocaban en las graderías vestidas de ricos tapices, con cogines bordados de oro. «Seis caballeros se presentan, refiere la escritora francesa, relatando una de estas fiestas, y cada uno lleva doce caballos de repuesto, seis mulas cargadas de lanzas, y cuarenta lacayos vestidos de brocado rojo, galoneado de oro y plata. Los paladines van vestidos de seda negra, bordada también de oro y plata. En su sombrero flota un penacho de plumas blancas, sujeto por un rico broche de diamantes. Cruzan su pecho vistosas bandas rojas, blancas, azules y amarillas, bordadas igualmente de oro. Con este traje se presentan ante la fiera, y la atacan, primero con la

lanza y después con la espada. Los caballos heridos marchan á veces pisando sus propias tripas, y muchas veces son cogidos y mueren los atrevidos ginetes. Vi á uno de los caballeros, que fue herido en la pierna y cayó desangrándose sobre el caballo muerto; la dama, en cuyo honor combatía, se inclina sobre el balcón y lo saluda con el pañuelo. El galán, perdiendo un río de sangre y sostenido por sus criados, busca al toro, lo acomete, y le introduce la espada por la testuz; después se presenta ante la dama, baja la espada y cae desmayado en brazos de los suyos, que lo sacan de la plaza medio muerto.»

Y la raza que tenía energía para estos audaces hechos, carecía de iniciativa para los asuntos vulgares de la vida, de constancia para el trabajo, de firmeza para lo útil. ¡Cuánto nos queda aun de esos defectos de nuestro carácter, tan felizmente dotado para todo lo extraordinario, y al mismo tiempo tan impropio para lo que constituye la base de la existencia tranquila, próspera y feliz de las naciones modernas!

J. de D.

## NO TE MARCHARÁS.

Tú no te n'anderai, anima mia.  
Canzone Toscana.

Me han dicho, niña, que marcharte quieres;  
Pero no, no lo harás, que yo no quiero:  
Las puertas cerraré por si salieres,  
Seré siempre tu guarda y compañero.  
Burlar mi vigilancia nunca esperes,  
Aun cuando te proteja el mundo entero,  
Verás en mí al amaute y al espía,  
¡Oh no te marcharás, dulce alma mia!

¡Marcharte de mi lado! ¡Abandonarme!  
¡Perder de tu mirada el dulce encanto!  
¡Pensar que tal vez puedas olvidarme,  
Pensar en mi dolor, que te amo tanto!  
No puedes, ni podrás nunca dejarme,  
Tu pecho ablandará mi crudo llanto:  
La causa no serás de mi agonía,  
¡Oh, no te marcharás, dulce alma mia!

Adolfo Miralles de Imperial.

## LOS POETAS ITALIANOS.

Estudios histórico-literarios.

V.

Las tres musas del Dante; El Amor; Beatrice;  
La Vita nuova.

Dante, hemos dicho, fue el hombre de su siglo. Pues bien; para serlo necesitaba representarlo en todos los órdenes, en el orden del sentimiento, en el orden de la inteligencia, en el orden de los hechos. Y así vemos que en todos estos distintos órdenes el poeta eleva al más alto grado la tendencia de sus tiempos: amante, lleva al último punto la idealización del afecto platónico; sabio, concentra en la poderosa unidad de la filosofía teológica todos los conocimientos de la época; ciudadano, encarna en sí todas las luchas, todos los odios y todas desgracias de la dividida Italia. Tres musas, pues, inspiraron su obra inmortal, el amor, la ciencia y la política, y por eso presenta la *Divina Comedia* el triple aspecto que después examinaremos, porque conviene investigar antes la índole de esas tres inspiraciones que inflamaron el número del severo Alighieri.

Comencemos por el amor, la pasión que llenó la juventud del poeta. Este amor que ilumina con su placida luz los misterios de la visión dantesca, está minuciosamente descrito en un libro de pocas páginas que escribió en su mocedad con el título de la *Vita nuova*. Es uno de esos delicados análisis del corazón, que no conocieron los antiguos, que inspiró el cristianismo, revelándonos los misterios del hombre interior, y de los que son quizá el primer ejemplo las *Confesiones de S. Agus-*

tin. Dante aplicó, por vez primera, este estudio psicológico al desarrollo de la pasión amorosa, y su libro puede pasar por la más antigua de esas historias íntimas del corazón, que son la esencia de la novela moderna. ¡Cuán curioso es hojear aquellas páginas, en las que un hombre del siglo XIII nos hace asistir á la vida del sentimiento tal cual en aquellos tiempos se comprendía! Veamos, recorriendo la *Vita nuova*, lo que era en la Edad Media una pasión platónica.

A los nueve años vé Dante en un banquete á la niña Beatrice (1), severa y modesta, y el amor se apodera de su alma. Aquella pasión de niño se alimenta tan solo con la contemplación del objeto amado. Nueve años después, Dante encuentra á su dama, y esta le saluda cortesmente. «Creí tocar, dice, los últimos límites de la bienaventuranza; y como era la primera vez que sus palabras llegaban á mi oído, experimenté tan viva sensación, que como embriagado, tuve que alejarme de las gentes.»

Meditando en la soledad de su retiro sobre esta salutación de su dama, soñó que veía al Amor, que tenía en sus brazos á Beatrice, á la cual obligaba á comer el corazón del poeta, y escribió un soneto, pidiendo la explicación de este sueño á todos los *devotos de amor*. Aun se conservan las respuestas de Cavalcante, de Cino de Pistoia y de otros. La del primero, el maestro en la ciencia platónica, satisfizo al joven Dante, que le consideró desde entonces como su mejor amigo.

Desde aquel día comenzó á cantar las perfecciones de su dama, considerándola como tipo de la belleza, y órgano por el cual dispensa Dios el bien á este bajo mundo. La doctrina platónica sobre el amor, tal cual la hemos descrito en el capítulo tercero, es la base de la adoración que tributa Dante á la mujer que idealiza. Uno de sus apasionados sonetos bastará para fijar la naturaleza de este espiritual amor.

Hé aquí cómo describe el efecto que produce la belleza de Beatrice:

Tanto gentile e tanto onesta pare  
La donna mia, quand'ella altrui saluta,  
Ch'ogni lingua divien tremando mutta,  
E gli occhi non ardiscon di guardare.  
Ella sen va, sentendosi laudare,  
Benignamente d'umiltá vestuta,  
E par che sia una cosa venuta  
Di cielo in terra per miracol mostrare.  
Mostrasi si piecente a chi la mira,  
Che dá per gli occhi una dolcezza al core,  
Che intender non la può chi non la prova  
E par che di la sua labbia si mova  
Uno spirto soave e pien d'amore,  
Che v'á dicendo all'anima: sospira.

Y de suspiros únicamente se nutrió, en efecto, el amor del poeta. El drama apasionado que refiere la *Vita nuova*, es la historia de un sentimiento concentrado en el corazón, que se atormenta á sí propio por no revelarlo. Temeroso Dante de que sus *canzoni* y sus *sonetos* dejasen traspirar en Florencia cuál era el objeto de su cariño, aprovecha las miradas de una dama que se encuentra colocada en la iglesia en la misma dirección que Beatriz, para hacer creer que á ella se dirigen sus alabanzas, y poder tributarlas de este modo libremente á su adorada. Pero esta intriga desagrada á la honesta Beatriz, que destruyó todos los vicios y fue reina de todas las virtudes; y cuando encuentra á Dante le niega el saludo. El poeta *baña la tierra con lágrimas amargas*; se ve perseguido por misteriosas visiones, y escribe versos tristísimos, pintando con vivos colores su desesperada aflicción.

Poco después muere el noble Folco di Portinari, el padre de Beatriz, y el dolor que esta experimenta se comunica por entero á su amante. Meditando sobre la inestabilidad de la vida, Dante llegó á esta terrible conclusión: «la misma Beatriz ha de morir un día,» y en presencia de este pensamiento, su mente se exalta y estravía, le atormentan sueños infaustos, y vé la imagen de la bella

(1) Bice ó Beatrice nació en Florencia en 1266, y murió en 1290, á los veinticuatro años. Era hija de Folco di Riquero Portinari, rico ciudadano, que fundó el hospital de Santa María la Novella.

trasportada al cielo por los ángeles. El sueño es profético: Beatrice «es llamada á gozar de la gloria por el Señor de la Justicia,» y Dante, después de llorarla en sentidas endechas, continúa rindiendo culto á la que siempre había mirado como un sér divino.

La santidad es el principal atributo de la mujer espiritualizada por el Dante, y lo que constituye el carácter distintivo de su ideal. A las doctrinas platónicas de sus predecesores, nuestro poeta mezcló, para formar su tipo amoroso, las ideas cristianas. Beatrice es una *bienaventurada*, «Esta noble dama, dice en la *Vita nuova*, había escitado hasta tal punto la veneración de las gentes, que cuando cruzaba las calles todos corrían para verla, lo cual me causaba inefable gozo. Y cuando se acercaba á alguien, este sentía el corazón tan lleno de recato, que no osaba levantar los ojos, ni contestar á su saludo. En cuanto á ella, coronada y vestida de modestia, marchaba sin mostrar ningún orgullo por lo que veía y oía, y estaba de tal modo revestida de nobleza y atractivo, que á los que le miraban les infundía un sentimiento tan dulce y tan santo, que no podían expresarlo por medio de la palabra.»

A estas perfecciones daba la imaginación de Dante cierto carácter cabalístico, hijo de las supersticiones de aquel tiempo. El número nueve se encuentra mezclado en toda la historia de los amores del poeta. ¿Por qué acompaña este número á Beatrice? «Porque ella misma, dice Dante, era un nueve, esto es, un prodigio cuya raíz generadora era la Divina Trinidad.»

Dejemos aparte estas extravagancias, y sigamos la sentida historia de tan puros amores. Después de la muerte de Beatriz, una bella y compasiva dama se apiadó del dolor de Dante, quien experimentó algún consuelo al verla que desde su ventana miraba con dolor el aspecto angustiado del poeta. Este le dirigió algunos versos, y pronto comprendió que *sentía demasiado placer al verla*, y maldijo la vanidad de sus ojos. Pero el naciente amor luchaba con la pasión antigua; y para vencer la amable tentación, hubo necesidad de que de nuevo se apareciese al amante Beatrice, tal como la vió, vestida de rojo, en el banquete del mes de Mayo. Confundido y avergonzado el poeta, arrepintióse de su ligereza, y pidió á Aquel por quien todas las cosas existen, que prolongase su vida, para decir de la bienaventurada Beatriz lo que nunca se dijo de mujer alguna, y que después fuese su alma á ver la gloria de su dama, que contempla felizmente la faz del que es *per omnia secula benedictus*.»

Con estas palabras termina el libro de la *Vita nuova*, y no volvemos á encontrar á Beatrice, hasta que penetrando con el Dante en los mundos sobrenaturales, guiados por su misterioso poema, llegamos, después de cruzar el Infierno y el Purgatorio, á los umbrales del Paraíso. El amante de la hija de Folco di Portinari, ha cumplido su palabra: ha dicho de ella, en efecto, lo que de ninguna mujer se dijo. Dentro de una nube de flores que derramaban ángeles, le apareció á Dante una matrona con túnica de color de vivo fuego, con manto verde y velo blanco, ceñido con una corona de oliva, y su espíritu

D'antico amor sentí la gran potencia.

Aquella era, en efecto, Beatriz; Beatriz, que desde el cielo ha visto los fallecimientos, las dudas, las luchas de su antiguo amador, y le ha hecho salvar la valla de la humanidad, para que su duro corazón volviese al bien ante el ejemplo de los castigos eternos.

Hé aquí las palabras que pone el autor de la *Divina Comedia* en los labios de Beatriz, cuando se presenta á él en el otro mundo (1):

Questi fu tal nella sua vita nuova  
Virtualmente, ch'ogni abito destro  
Fatto averebbe in lui mirabil pruova.

Ma tanto piu maligno e piu silvestro  
Si fa'l terren, col mal seme e non colto,  
Quant'egli ha piu di buon vigor terrestre.

Alcun tempo il sostenni col mio volto:  
Mostrando gli occhi giovinetti a lui,  
Meco'l menava in dritta parte volto.

Si tosto come in su la soglia fui  
Di mia seconda etade e mutai vita,

(1) Purgatorio Canto, XXX.

Questi sí tolse a me, e diessi altrui.

Quando di carne a spirto era salita,  
E bellezza e virtù cresciuta m'era,  
Fu'io a lui men cara e men gradita.

E volsi i pasi suoi per via non vera,  
Immagine di ben seguendo false,  
Che nulla promission rendono intera.

Ne l'impetrare spirazion mi valse  
Con le quali ed in sogno ed altrimenti  
Lo rivocai; si poco a lui ne calse.

Tanto giu cadde, che tutti argomenti  
Alla salute sua eran già corti,  
Fuor che mostrargli le perdute gente.

Tenemos aquí explicada la visión del Dante por el amor de Beatrice: la virtuosa dama que ha sido objeto de su casta pasión, es su providencia en el otro mundo; vela por su salvación, y logra de Dios el singular privilegio de que su amante penetre en el infierno, atravesase del purgatorio y ascienda por las nueve esferas del cielo hasta llegar á la presencia del Señor, conducido por ella.

Pero esa Beatrice que brilla con celestiales fulgores en el Paraíso, y que revela al poeta los más profundos misterios de divina sabiduría, ¿no es más que la dulce niña del banquete de Mayo? No, el amor platónico que idealizó á la hija de los Portinari en la mente de Dante, fue sublimándose cada vez más hasta llegar á sustituir á la personalidad de su dama una imagen alegórica del bien y de la ciencia. El mismo Alighieri nos explica estas dos fases de su pasión: llama *primer amor* al que le inspiró Beatriz mientras vivió, y *segundo amor* á la idea que le sugirió el recuerdo de las virtudes de su amada cuando esta hubo perecido. «Afirmo, dice al final de su *Convito* (1), que la dama de quien me enamoré, después de mi primer amor, fue la hermosísima y honestísima hija del emperador del universo, á quien Pitágoras dió el nombre de *Filosofía*.» De este modo el sentimiento de lo bello conduce al poeta, elevando cada vez más su espíritu, á la contemplación y comprensión de ese principio absoluto en donde se unen, como distintos caracteres de un mismo sér, la verdad, la bondad y la belleza; y realiza la verdadera aspiración del amor platónico, tal como lo describe el insigne filósofo que le ha dado nombre, cuando en su *Banquete* pone estas palabras en labios de Sócrates: «La verdadera vía del amor es comenzar por las bellezas terrenales; pero dirigiendo siempre los ojos á la Belleza suprema, y remontarse incesantemente hácia ella, pasando por todos los grados de la escala, de un solo cuerpo hermoso á dos, de dos á todos los demás, de los cuerpos hermosos á los sentimientos bellos, de los bellos sentimientos á las ideas igualmente bellas, hasta llegar á la ciencia suprema, que no tiene otro objeto que la misma Beldad; de modo que se consiga conocerla tal como en sí es, porque lo único que dá valor á la vida es el espectáculo de la Belleza eterna.»

Teodoro Llorente.

## EL CANTO DEL RUISEÑOR.

Las olas de los mares, las fúlgidas estrellas  
Que esparcen indecisa inmensa claridad,  
Hablaban á mi alma con armonías bellas,  
Misterios de esperanza, de fé, de eternidad.

Yo estático miraba la bóveda del cielo,  
Las cimas de los montes, el mar que es mi ilusión;  
Y arder entre suspiros sentía un desconsuelo  
Que no cabía en todo mi joven corazón.

En medio del silencio, la brisa cariñosa  
Me trajo á los oídos la voz de un ruiseñor,  
¡Ay! cuánto bien me hizo su queja deliciosa,  
El ruiseñor decía... ¡Amor! ¡amor! ¡amor!

Francisco Calvo.

(1) *El Convito*, cuyo título tomó Dante de Platon, es un comentario que escribió en sus últimos años, explicando metafísicamente los sentimientos que habían inspirado sus *canzoni juveniles*.

## LOS INFINITAMENTE PEQUEÑOS.

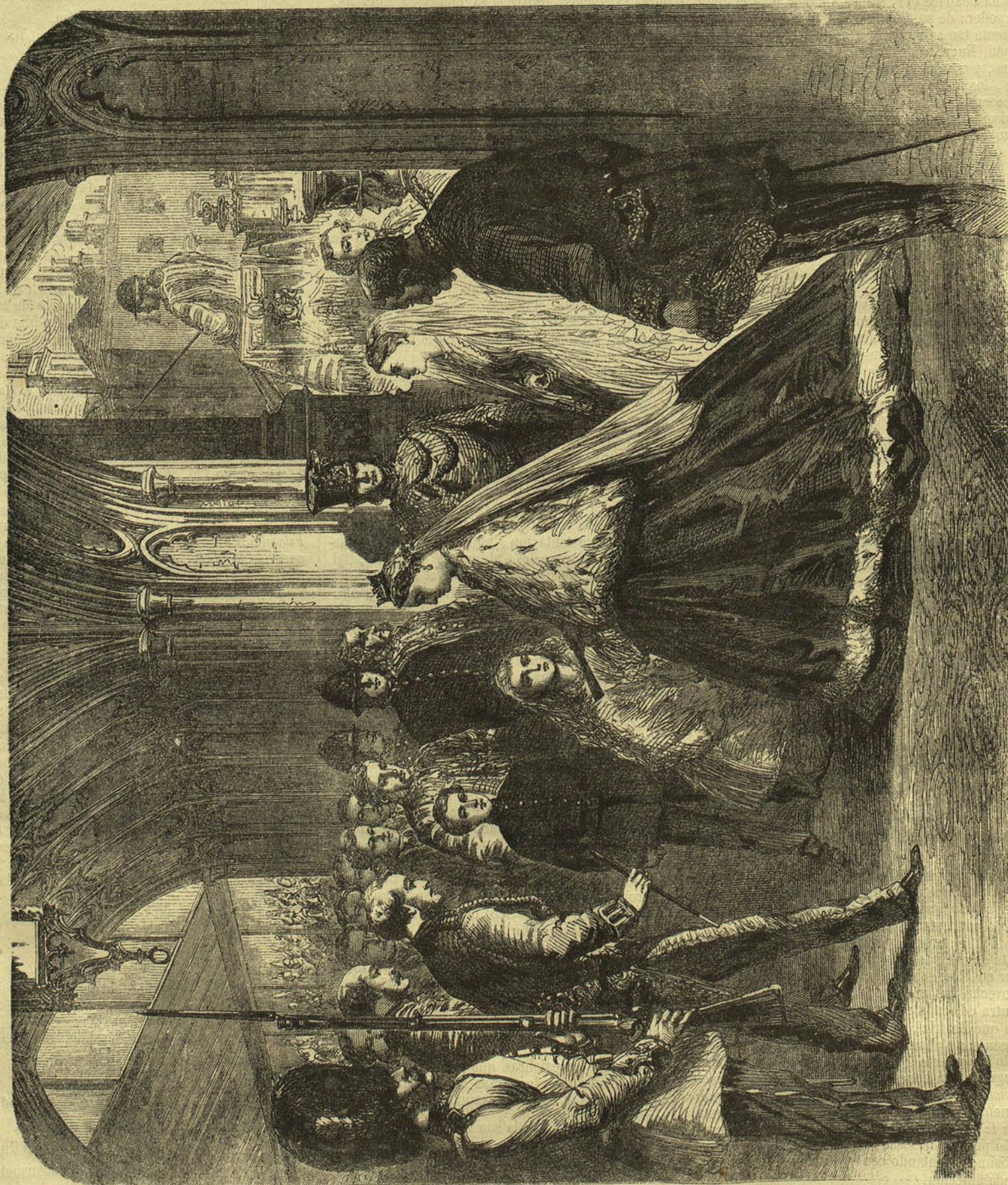
Historia del *Tenia* (gusano solitario).

La curiosidad humana ha estado contenida durante muchos siglos por los límites que la naturaleza impuso á nuestros sentidos. La escasa luz priva al hombre de la vista lo mismo que la oscuridad: su olfato no percibe sino un pequeño número de emanaciones, y confunde en igual sensa-

El anatomista, detenido hasta ahora por la debilidad de su mirada, puede ya examinar las partes más ténues de los tejidos ó de los líquidos que entran en la composición del cuerpo, y así ha podido descubrir los glóbulos de la sangre, esos pequeñísimos cuerpos en suspensión en un líquido incoloro á quien prestan el rojo matiz que lo distingue, cual una masa compacta de peces de colores, haría aparecer roja también la corriente de un río.

En cambio existen animales que presentan caracteres comunes con los vegetales, como los zoófitos, y que se reproducen igualmente por medio de la simiente ó de un tallo. Entre ellos se encuentra el coral.

Pero no vamos hoy á ocupar la atención de nuestros lectores hablándoles de estos seres, sino de las extrañas transformaciones que alcanzan otros que suelen ser sus huéspedes, y cuyas metamorfosis han podido seguir los sábios naturalistas,



La reina Victoria dirigiéndose al acto de la apertura del Parlamento.

ción el frío con un calor elevadísimo. Pero cuando el hombre ha podido encontrar ciertos auxiliares, se ha ensanchado la esfera de acción de sus experimentos, y en este concepto mira como buenos compañeros al telescopio que lleva su vista á través de los espacios infinitos, y el microscopio que le descubre un nuevo mundo, presentándole un bosque en el delicado tallo de la planta, un océano en la pequeña gota de agua, y un mundo en el grano de arena.

Con el microscopio han podido estudiarse esos singulares seres nacidos de padres vegetales y que obran como animales. La vegetal ó simiente animada, la semilla de las algas, plantas que crecen abundantes en todos los mares, presenta una homogeneidad de organización que asombra. Especie de huevecillos provistos de cerdas, la simiente se desprende de la planta, se agita, se mueve y presenta, antes de fijarse en el suelo, todos los signos que caracterizan un animal.

gracias al auxilio del microscopio

Muchos son los que han tenido ocasión de ver unos extraños animales, que parecen madejas de cinta. Su cuerpo plano y estremadamente largo está formado por un número considerable de segmentos iguales. Este es el gusano solitario ó *tenia*.

El solitario ocupa los intestinos, donde bañado por los líquidos nutritivos, se alimenta por la simple imbibición á expensas del hombre que le sirve de morada: estos gusanos producen sus hueveci-

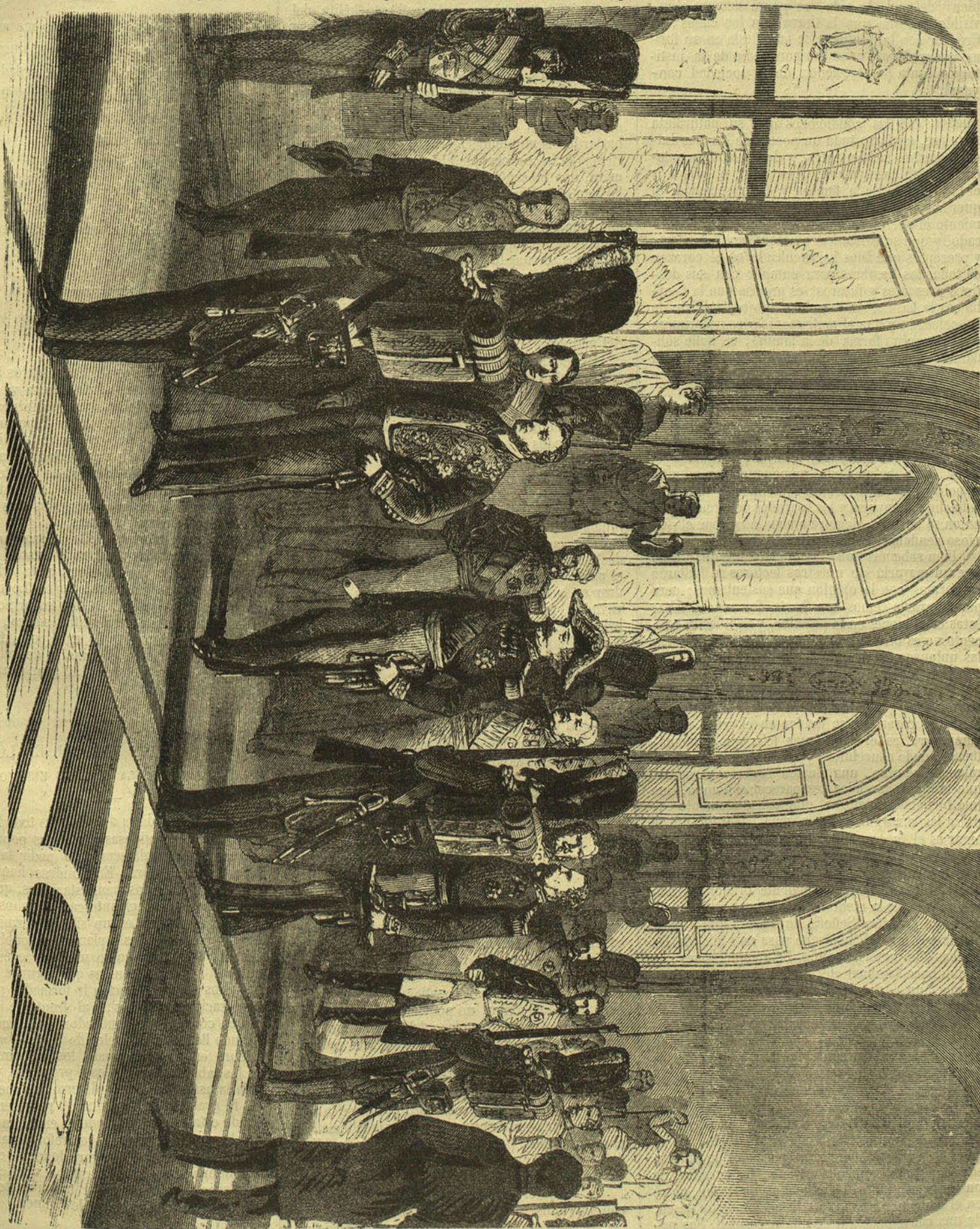
los ó semillas, que el hombre arroja con los residuos de la digestión, y que el cerdo suele introducir en su estómago con los alimentos.

Esta larva infinitamente pequeña es una especie de disco rodeado de una serie de espinas como los dientes de una sierra, y con el auxilio de estas armas ataca el tubo intestinal del animal, retrocede para volver con mas empeño al ataque y trabaja sin descanso hasta que logra penetrar en

animal, sus metamorfosis permanecen incompletas.

No solo el hombre está sujeto á llevar en su cuerpo este extraño habitante, sino que lo padecen otros animales. El carnero se ve atormentado por un sér semejante que le produce una enfermedad, y ¡cosa rara! el cuerpo del lobo es en donde acaba su desenvolvimiento. El raton contiene tambien larvas que se metamorfosean en el cuerpo

mentado algunos perros y ha podido seguir paso á paso y en diferentes épocas los progresos de sus trasformaciones. Así ha podido tambien encontrar en los excrementos de los perros que encerraban gusanos solitarios, los huevecillos de estos gusanos, y alimentando varios carneros con la yerba en que habia esparcido dichos huevecillos, ha podido completar el círculo de sus curiosas observaciones.



El Emperador Napoleon III en el acto de ir á abrir las Cámaras.

la carne del cerdo, y vá á guarecerse entre los músculos. Despojado allí de sus armas que le fueran ya inútiles, espera como una crisálida, encerrado en una especie de capullo, el momento en que la carne del cerdo servirá de alimento á otro animal, pues solo entonces y en el cuerpo de su nuevo huésped, continúa su desarrollo hasta llegar á formar un nuevo *tenia*, pues si la carne del cerdo en que se abrigó no es comida por otro

del gato, y por regla general las especies herbívoras dan asilo á las larvas que concluyen sus trasformaciones en el cuerpo de los animales carnívoros.

El sábio naturalista Mr. Van Beneden ha seguido, armado su ojo con el microscopio, las evoluciones de estos seres curiosos, á través de los diferentes medios en que habitan. Con la carne de los carneros atacados de la enfermedad, ha ali-

Sin ese útil aparato de la moderna ciencia, el ojo del hombre se hubiera afanado en vano por buscar una aplicación á la existencia del solitario, desconociendo para siempre su manera de reproducción. Por fortuna el microscopio está llamado á revelarnos muchos de los secretos de la naturaleza.

F. LI.

## EL AMOR Y LA VIRTUD, BASES DEL MATRIMONIO.

La familia, piedra angular sobre la que descansa el edificio entero de la sociedad; cadena misteriosa que enlaza el origen del mundo y de la creación con el desconocido término de su existencia, cuyo primer anillo colocado por Dios en el Paraíso al rededor del árbol de la ciencia del bien y del mal, ha sido, es y será siempre el invisible lazo que une la tierra con los cielos, al Creador con la criatura; se manifiesta en su forma generadora y primitiva por medio de la institución santa por excelencia de la sociedad conyugal.

El matrimonio, mágica palabra que, cumpliendo con las condiciones que su naturaleza requiere, encierra todo un poema de los más dulces y tiernos sentimientos, y de las más encantadoras y sublimes virtudes, es pues, el origen y el fundamento de la familia y de la sociedad. Si queremos que la sociedad siga en su desenvolvimiento el derrotero que la Providencia le ha marcado, y que su existencia sea conforme á las leyes y preceptos que Dios ha inculcado en el corazón de todos los hombres para cumplir con sus destinos presentes y futuros, es preciso que la familia sea la base sobre la que se apoye el edificio de la sociedad, y que el matrimonio, como primera y más genuina forma de la familia, se halle sólidamente cimentado sobre las dos bases que son condiciones morales, indispensables para su existencia, el amor y la virtud.

Estas dos condiciones reasumen todas las demás que los escritores han asignado como necesarios, para el cumplimiento de los fines que el matrimonio se propone. Porque, quitemos el amor, y no habrá tanta repugnancia en admitir la poligamia y el divorcio; quitemos la virtud, y la fidelidad conyugal y los sagrados deberes de esta unión se hallarán siempre amenazados por el furioso vendaval de las pasiones.

Bien sabemos que al enunciar estas dos ideas, la gran mayoría de nuestros lectores se hallarán conformes con la opinión que sustentamos; pero por desgracia vemos con harta frecuencia faltar estas condiciones en la práctica, y en nuestro concepto no es otra la razón de que sean tan pocas las uniones que en verdad puedan llamarse eternamente felices.

Y decimos esto, porque estamos plenamente convencidos que la existencia de dos seres, cuyos honrados corazones se funden en el crisol de un amor puro, es el estado más feliz que humanamente puede concebirse, y que no es, como generalmente se cree, una ilusión fugaz y pasajera, que mitiga y aun hace desaparecer el tiempo, sino una bienandanza eterna, que constantemente endulza las amarguras de la vida, puesto que el amor es el fuego sagrado que la alumbra, y la virtud es la coraza que la defiende de los emponzoñados dardos que el mundo continuamente le dirige. Diremos con el elocuente orador sagrado que ha llamado la atención de Europa desde la cátedra de Nuestra Señora de París, que: «Hay un amor y una fidelidad que pasa más allá de las tumbas, un amor eterno.» Este amor, pues, es el que hace también eternos los lazos del matrimonio, aun después que han sido cortados por la inflexible guadaña de la muerte.

Dirijamos una ligera ojeada sobre nuestra actual sociedad, y veremos como por desgracia el amor y la virtud rara vez son hoy los luminosos faros que sirven para señalar al navegante el puerto seguro del matrimonio.

La mujer, cuyo sensible corazón es el que Dios ha organizado especialmente para experimentar de lleno este sublime sentimiento, es la que hoy por las condiciones especiales de nuestra sociedad, tal vez menos concibe los encantos de un verdadero amor, y embotado su corazón, no vé en el matrimonio sino la satisfacción de un deseo, de una conveniencia ó de una necesidad. Sus padres son acaso las más veces los que principian á viciar su corazón, procurando apagar en él los sentimientos generosos que se desarrollarían de un modo digno solo con los principios de una buena educación que guiara siempre todas sus acciones por el sendero de la virtud, é inculcándole en cambio los frios y egoístas sentimientos de una conveniencia más aparente que real. Rodeada por otra parte de una atmósfera, en la que solo se respira el positivismo que domina nuestra sociedad, y contaminada por las modernas costumbres

que con el nombre de galantería encubren los principios que engendran la coquetería en las mujeres y la corrupción en los hombres, va endureciendo su corazón hasta convertirlo en un frío mármol incapaz de concebir los nobles y levantados sentimientos que brotan de la inagotable fuente de un amor legítimo.

El hombre que en los primeros años de su adolescencia, cuando sus costumbres no se han contaminado todavía con el pestilente hábito del vicio, siente vibrar por vez primera las fibras de su corazón, si en vez de encontrar en el del sér á quien adora el resonante eco de las dulces armonías que del suyo se desprenden, no vé en él por el contrario más que el frío indiferentismo animado solo en la apariencia algunas veces al impulso de calculadora conveniencia, ó tal vez por más bastardos sentimientos, pronto esta fatal experiencia le hace creer que el amor puro es una quimera, una inocente ilusión de niño, forjada en la hirviente imaginación del joven. Y continuando su peregrinación en el mundo sin alumbrarle ya la antorcha del ángel de los santos amores, ó sigue el derrotero trazado en él por las malas pasiones y los vicios, ó cuando menos, si la virtud ha tenido en él la suficiente fuerza para apartarle de este torcido camino, se hiela también su corazón con el glacial indiferentismo que le incapacita para sentir nunca los encantadores y genuinos placeres del matrimonio y la familia.

Desterrados de nuestra actual sociedad los sentimientos puros del amor, por las razones que hemos apuntado, solo la virtud será el inespugnable muro que defienda al matrimonio y la familia de los reiterados ataques que constantemente le dirigen todos los elementos de disolución que aquella encierra.

Más el amor y la virtud relativamente al matrimonio son dos ideas que no concebimos separadas, pues creemos que solo pueden sentirse inflamados por el sacro fuego del verdadero amor, aquellos cuyas almas se conservan puras y apartadas del repugnante cieno de los vicios, y que solo el amor cuando este es puro, es capaz de engendrar en la familia la práctica de las más sublimes virtudes, pues como dice el vizconde de Chateaubriand: «El que se siente herido por el divino dardo del ángel del amor ó arde en su antorcha celestial, lleva á cabo con entusiasmo los rasgos de desprendimiento más heroicos, las más peligrosas empresas y los sacrificios más dolorosos.» La virtud en el matrimonio se siente muchas veces débil para hacer cumplir al hombre y la mujer con los sagrados deberes de este estado, si no se halla escudada por la poderosa fuerza del amor.

Si pues el amor es condición indispensable para la perfecta unión de los corazones, la virtud será el crisol en que deban fundirse, puesto que el matrimonio sin virtud llevaría consigo los gérmenes de su disolución, porque sin ella no podría existir ni el individuo, ni la familia, ni la sociedad.

Solo el amor y la virtud pueden constituir la felicidad en el matrimonio, pues cuando á su realización no preside otra fuerza impulsiva que los cálculos de la conveniencia, aunque los seres que lo formen se hallen adornados de las mejores cualidades, y aunque les unan los ténues lazos de una ligera simpatía, si en ellos no arde la luminosa llama del amor, no podrán nunca sus almas unidas por el misterioso lazo del matrimonio, elevarse á la concepción de todas las bellezas con que Dios adornó esta unión divina, y su existencia aunque por su virtud sea tranquila, alguna vez podrá ser turbada por el aburrimiento que en esta unión produce el indiferentismo. Si faltase la virtud no podríamos tampoco concebir la felicidad en el matrimonio, puesto que en el mundo la felicidad solo se puede conseguir por medio de la constante práctica de la virtud.

Si se quiere pues que el matrimonio cumpla con los altos fines de su institución, preciso es que reconozca como principales y necesarios fundamentos de su existencia, el amor y la virtud de los dos seres que le forman, y para conseguir esto, es preciso educar el corazón del hombre y la mujer desarrollando en él los sentimientos generosos y desinteresados, y procurar que no se aparten nunca del buen camino que conduce á la práctica de la virtud. De este modo veremos realizarse con frecuencia uniones impulsadas no por el mero capricho ó la fría conveniencia, sino por los verdaderos móviles que nacidos á la vez del corazón y la cabeza producirán en este estado una

verdadera y eterna felicidad. Y regenerado así el matrimonio y la familia, quedarán sentadas las bases de la regeneración de la sociedad.

L. Ibáñez.

## MADRIGAL.

Ayer juróme Elisa que me amaba;  
Y como imagen de su amor sincero,  
Me dió una rosa, emblema verdadero  
Del tierno y puro amor que me juraba.

Esto entonces creí, pero ahora creo,  
Cuando siento su olvido,  
Que es mayor, según veo,  
De su amor y la rosa el parecido,  
Pues, del amor para olvidarse, aguarda  
Cuanto la rosa en marchitarse tarda.

R. Ferrer y Bigné.

## APERTURA DE LAS CÁMARAS EN PARÍS Y LONDRES.

Damos hoy dos grabados relativos á estos recientes acontecimientos. En ello se ve el distinto espíritu que caracteriza á los gobiernos de Francia é Inglaterra. El Emperador Napoleón III, con uniforme militar y aire arrogante, se dirige desde sus habitaciones de las Tullerías al gran salón de Estado de su mismo palacio, en donde le aguardan los senadores y diputados. Rodéanle sus generales y altos funcionarios, y dos filas de granaderos le presentan las armas.

La reina Victoria, con la corona que simboliza la tradición monárquica, va á buscar á los lares en el palacio de Westminster, justo tributo rendido á la representación del país. Le acompañan sus hijos, el príncipe Arturo y las princesas Luisa y Beatriz. La reina lleva vestido negro, que no ha dejado desde la muerte de su esposo. Las princesas van de blanco, y el príncipe de cadete del colegio militar de Woolwich. El gran Lord-Chamberlain recibe á S. M.

MANIFESTACION POPULAR EN LONDRES  
EN FAVOR DE LA REFORMA ELECTORAL.

Están llamando la atención de toda Europa las pacíficas, pero ruidosas asambleas populares que se reúnen en Inglaterra para pedir la extensión del sufragio electoral. En Londres han tenido ya lugar varias de estas manifestaciones, que adquieren proporciones gigantescas. Muchos miles de obreros se reúnen en un sitio determinado, y se dirigen por las calles y plazas más públicas de la ciudad, formando como un gran ejército, con muchas banderas, en las que figuran emblemas y rótulos alusivos. Suelen ir formados por oficios, corporaciones ó clubs, y al frente de la comitiva van en coches los promovedores del movimiento. Cuando llegan al sitio elegido para el *meeting*, se celebra este pronunciando los oradores arengas en los tablados levantados á propósito, y tomando toda la asamblea ciertas determinaciones.

El grabado de la página 40 representa la última de estas manifestaciones, en el momento en que la gran procesion de los reformistas atraviesa la estensa plaza de Trafalgar, donde se eleva sobre la columna de honor la estatua de Nelson, y en cuyo sitio se vé también el monumento dedicado á la memoria de la guerra de Crimea.

## LA COPA DE ORO.

Balada de Schiller.

«¿Quién de vosotros, caballeros ó pages, se atreverá á sumergirse en ese abismo? Le arrojo esta copa de oro; ya la ha tragado. Si alguno de vosotros me la puede mostrar aun, que la guarde; suya es.»

Dice el rey, y desde lo alto de la escarpada roca suspendida sobre el mar arroja la copa en medio los ahullidos de Caribdis. «Lo repilo, ¿quién es el bravo bastante audáz para sumergirse en ese abismo?»

Y los caballeros y pages que le rodeaban le oyen en silencio, la frente baja y mirando al mar embravecido, sin querer ninguno conquistar la copa. El rey dice por tercera vez: «¿No hay quién se atreva?»

Mas todos guardan silencio como antes... un page de rostro dulce y atrevido se adelanta de entre los demás que retroceden, desata su cinturón y arroja la vestidura. Hombres y mugeres contemplan con asombro al noble y gallardo mancebo.

Y mientras se adelanta al borde de la roca y se inclina para mirar el fondo de la sima, vé á Caribdis devolver rugiendo las aguas que habia tragado y la espumosa onda escaparse del sombrío abismo reumbando como el huracán lejano.

Y las olas se cruzan, hierven, mugen y silban como si arrojaran agua sobre una hoguera; saltan hasta los cielos en vaporosa lluvia, se empujan sin descanso unas á otras; parece que el abismo es inagotable y que el mar produce otro mar nuevo.

Por fin se calma esta violencia desesperada y se abre negro á través de la blanca espuma un pózo turbio y sin fondo que parece bajar hasta el infierno; lenguas de agua se precipitan con impetu en el fondo de su torbellino.

Entonces, antes que las olas vuelvan, el page encomienda rápidamente su alma á Dios, despues... se oye un grito general de espanto, el torbellino lo ha barrido de la superficie de las aguas, el abismo se plega misterioso sobre el valiente nadador; no se le vé mas.

El silencio reina sobre la sima líquida; solo se escucha un rumor sordo en el fondo del agua. Todos tiemblan y dicen «Adios mancebo de noble corazon.» Los rugidos de Caribdis se vuelven mas sordos, y aun aguardan, presa el corazon de la ansiedad mas horrible.

«Aun cuando arrojaras á la mar tu misma corona, y dijeras: El que me traiga la corona la cenirá como rey, no, esta recompensa no me tentaría. Lo que guarda ese fondo que ruje, jamás alma dichosa, alma viviente lo ha contado.»

«Muchas naves arrebaladas por la corriente se han sumergido en su profundidad; pero solo en pedazos han salido los cascos y mástiles de su devorador sepulcro.» Poco á poco el rumor se torna mas distinto, semejante al silbo de la tempestad que se aproxima.

Y las olas se cruzan, hierven, mugen y silban como si arrojaran agua sobre una hoguera; saltan hasta el cielo en vaporosa lluvia, se empujan sin descanso unas á otras; parece que el abismo es inagotable y que el mar produce otro mar nuevo.

¡Mas ved! Del seno de las sombrías olas surge un cuerpo blanco como el cisne; aparece un brazo, despues una tersa espalda; se le vé nadar con fuerza, con ardor... es él! Tiene en su mano izquierda la copa de oro que enseña con alegre semblante.

Y respira largo espacio con esfuerzo saludando la luz del sol. Resuenan gritos de alegría y todos dicen. «¡Vive! ¡Está allí! El abismo no lo ha tragado. El valiente ha guardado su alma del sepulcro; ha salido vivo del antro líquido del torbellino.

Se adelanta, le rodean y se aprietan con alegría á su alrededor. El héroe se arrodilla á los pies del rey, y le presenta de rodillas la copa de oro; á un gesto del rey, su amable hija llena la copa hasta los bordes de rojo vino; el page volviéndose al rey,

«Viva el rey, viva muchos años, dice. ¡Ah! dichoso el que respira en el seno de la luz, porque es horrible vivir allá bajo. No tiene el hombre á Dios; no quiera jamás, jamás, descubrir lo que en su bondad ha cubierto con el velo de la noche y del horror.

«El torbellino me arrebató con la rapidéz del relámpago; despues una corriente impetuosa escapada de la roca se precipitó con violencia á mi encuentro; este doble torrente me cogió con furioso ímpetu, haciéndome girar como una rueda; sentia un vértigo infernal; no podia resistir.»

«Sin embargo Dios, á quien yo invocaba en este supremo instante, Dios me enseñó un banco de piedras que domina el abismo, me agarré con ansia, y pude evitar la muerte. Allí estaba la copa enredada entre agudos corales; sin ellos hubiese rodado al fondo.

«Porque bajo de estas piedras hay aun la pro-

fundidad de un monte; este fondo es de un rojo oscuro; y aunque para el oido todo allí duerme el sueño eterno, registrándolo la pupila vé con espanto las salamandras, los lagartos marinos y los dragones moverse en este hervidero infernal.»

«Veia agitarse en asquerosa confusion revueltos los unos con los otros en repugnantes montones la raya erizada de espinas, la sierpe, el disforme y espantoso martillo y el delfin, esa hiena de los mares, que me enseñaba sus afilados dientes.

«Yo estaba pendiente del coral, y tenia la conciencia del horror de mi situacion; me encontraba lejos de todo socorro humano; solo sér sensible en medio de larvas impuras, abandonado en esta tristísima soledad, sin el ruido de las voces humanas, entre los mónstruos del turbio desierto de las aguas.

«Este pensamiento me hacia temblar.... vi á un mónstruo acercarse arrastrando; crugia cien articulaciones á la vez, iba á devorarme. Espantado, delirante solté el peñasco á que me hallaba abrazado, en seguida me arrebató el torbellino con furiosa violencia; pero esto me salvó arrojándome á la superficie.

El rey se extasia oyéndole, y dice: «La copa de oro te pertenece, pero te destino aun este anillo adornado con el mas rico de los diamantes, si te sumerges nuevamente y me dices lo que veas en las últimas profundidades del mar.»

Oyendo estas palabras, la hija del rey, movida de tierna compasion, dice suplicando cariñosamente á su padre: «¡Padre mio, cese ese juego cruel! Ha sufrido ya una prueba que nadie ha osado emprender; sino podeis dominar los ímpetus del corazon, ea, que los caballeros avergüencen á los pages.»

En seguida toma el rey la copa, y la arroja al torbellino, diciendo: «Si me vuelves esa copa te miraré como el primero de los caballeros, y hoy mismo abrazarás como esposa á la que ruega por tí con tan dulce compasion.»

El page se siente subyugado por una fuerza celestial; un relámpago de fiereza brilla en sus ojos; vé sonrojarse á la hermosa princesa, palidecer, vacilar.... Su corazon le arrebató; quiere ganar el noble premio, y se arroja al mar para vivir ó morir amado.

Se oyen hundirse las aguas, volver, el rumor de la tempestad les anuncia. Entonces todos se inclinan, y le buscan con amor. Las aguas suben, suben; se levantan mugiendo, y mugiendo bajan.... el page no vuelve con ellas.

T. por F. Danvila

## LA CORONA FUNEBRE.

Por D. Félix Pizcueta.

### III.

—Eduardo, exclamó la desgraciada madre, ¿oyes esa música cuyos acentos llegan tan claramente hasta nosotros?

—Sí, madre mia; contestó el jóven procurando detener el raudal de lágrimas que estaba próximo á saltar de sus ojos.

—¿No es, pues, una ilusion de mis sentidos?

—No por cierto; esa música es la del teatro del Príncipe que, como tú sabes, está inmediato á nuestra casa.

—¡El teatro del Príncipe! repitió la enferma con balbuciente voz; yo recuerdo de un drama que habia de representarse en ese teatro, y á cuya representacion debia yo asistir tambien.

Eduardo dejó caer la cabeza sobre el pecho con profundo abatimiento.

—¿No recuerdas tú, querido hijo, quién me hizo esa promesa?

—Fuí yo mismo quien te la hizo, contestó Eduardo con dolorido acento.

—Es verdad, ahora me acuerdo de todo; el drama era tuyo, sí, tuyo; te habia costado de componer muchas noches, muchos dias; yo te veia desde mi cama, silencioso y abstraído apretar con fuerza tu frente como para hacer brotar algunas ideas. ¿Dónde está ese drama, Eduardo? ¿Lo has concluido? ¿Tienes esperanza de que se represente? ¡Ay! yo te he oido decir muchas veces que en él se encerraba el porvenir de toda tu vida.

El jóven avanzó hácia la cama de su madre.

—Desecha esos pensamientos, le dijo, durante tu enfermedad no he pensado, no he querido pensar en otra cosa que en prodigarte los cuidados que necesita tu quebrantada salud. ¿Qué me importa de mi drama? ¿Qué me importa de nada en el mundo? A todas las ideas que, como doradas ilusiones sonrien á mi imaginacion, á todos los deseos de gloria, á todas las ambiciones de mi alma, antepongo, madre mia, tu amor que es para mi la síntesis de todas las felicidades.

—¿Tanto me amas? preguntó la infeliz madre vertiendo sobre su hijo una mirada llena de ternura.

—¿Y tú me lo preguntas? ¡Ay! si no te amase con un amor tan grande y tan inmenso, si estimara en mas los vanos laureles de la gloria que la salud, que la vida de mi madre, no estaria en este momento á tu lado.

—¿Por qué, hijo mio? preguntó la enferma con creciente ansiedad.

—Porque esta noche, esta misma noche se representa mi drama en el Príncipe, y esa orquesta cuyos acentos llegan á mi oido, como la voz de la tentacion, me indica que dentro de breves instantes habrá empezado á representarse.

—¿Qué escucho, Dios mio! exclamó la pobre enferma, haciendo inútiles esfuerzos para incorporarse; ¡esta noche se representa tu drama! ¿y tú me lo dices con esa calma, con esa sangre fria? ¿y no corres, y no vuelas con el corazon palpitante de ansiedad á gozar de ese triunfo, triunfo legitimo, que habrás comprado al precio de muchas noches de insonio y de muchos dias de miseria?

—No, madre mia, no voy.

—Haces mal, insistió la desgraciada muger procurando dar fuerza y seguridad á sus palabras, muy mal, Eduardo; ya estoy mas tranquila, mas aliviada, quizá la alegría de saber que esta noche logras por fin el objeto de todos tus deseos, de todos tus afanes, me vuelva una gran parte de mí perdida salud. Anda, hijo mio, vé, corre; yo esperaré tranquila resignada á que vuelvas para que me cuentes los aplausos que te han tributado, los elogios que has merecido y las aclamaciones con que te ha saludado la entusiasta multitud. ¡Ay! continuó en un momento de ferviente entusiasmo, ¡si yo pudiera arrastrarme hasta allí!

—Es inútil madre, interrumpió Eduardo con inflexible acento, prefiero una y mil veces permanecer á tu lado.

La madre calló, pero dos gruesas lágrimas, quizá de agradecimiento, rodaron por sus pálidas megillas.

La infeliz muger comprendia, con ese instinto que solo posee el corazon de una madre, toda la estension del sacrificio que Eduardo hacia por su amor.

—Ven, le dijo, junto á mi corazon, alma de mi alma; si por mi cariño renuncias á la gloria de un instante, yo sabré pagarte con raudales de amor ese sacrificio.

—La gloria, exclamó Eduardo refugiándose en los brazos de su madre, la gloria de este mundo es como la luz de un relámpago, que solo ilumina por breves momentos para dejar despues en mayor oscuridad el camino de la vida; yo necesito inundar mi alma con el destello de otra luz mas pura, mas suave, mas inextinguible, y esa luz solo puedo encontrarla en la amorosa llama que devora al corazon de una madre. El beso que tus labios depositan en este momento sobre mi frente, es la mejor corona de gloria que puede ambicionar un alma como la mia.

La madre no contestó, porque los sollozos embargaban su voz.

Eduardo lloraba tambien en silencio.

Los pensamientos de estos dos seres llenos de amor, de ternura y de fé, subian al cielo mezclados con el vapor de sus lágrimas.

Aquellos purísimos sentimientos, espresados en medio de tanta miseria; en medio de tanto dolor, hubieran bastado para probar á un escéptico, que no todas las virtudes han desaparecido de la tierra (1).

(Se continuará).

(1) Esta historia forma parte del bello libro que con el título de *Noches de invierno* ha escrito el Sr. Pizcueta, y acaba de publicar el Sr. Mariana.



Manifestacion popular en Lóndres en favor de la reforma electoral.

Biblioteca Nacional de España

Valencia : Imprenta de José Domenech, Avellanar, 27.